

Crónica

La increíble historia de **una momia**

En busca de la "Reina del Cielo"

En el año 1991 DIARIO DE CUYO consiguió ubicar el último paradero -por entonces- de la enigmática momia llamada "Reina del Cerro". La reciente publicación por parte de la Fundación CEPPA de un meduloso compendio científico relacionado con ese hallazgo de alta montaña, junto a los resultados de la 5ª expedición del CIADAM a los nevados de Chuscha (Salta, 2004), aclaran definitivamente el misterio que envolvió durante ocho décadas a un sacrificio humano.

Por: Antonio Beorchia Nigris

Refresquemos la memoria. Hace 14 años, refiriéndome al enigmático hallazgo de la "Momia de Los Quilmes" o "Reina del Cerro", acontecido en 1920, escribí cuanto sigue: "Desde hacía tiempo un grupo de amigos de la noroesteña villa de Cafayate acostumbraba reunirse en casa de don Pedro Mendoza, para secretar acerca de un fabuloso "tapado" que los "antiguos" habían enterrado en las mismas cumbres de la serranía de Los Quilmes. En el valle de la Reina, por ejemplo, corrían rumores sobre la existencia de una mujer de oro, fundida al tamaño natural, junto a otras muchas riquezas que, según mentas, eran parte del rescate de Atahualpa que nunca pudo llegar a la ciudad imperial del Cuzco a causa de la muerte de aquél". (1)

Sucedió en efecto que cierto calchaqueño llamado Marín Fermín, vecino de El Divisadero, había descubierto algunos ceramios indígenas junto a las nieves de los nevados de Chuscha (2), que la fantasía popular pronto transformó en oro macizo. Y ya sabemos: ciertas noticias corren como reguero de pólvora; cada cual las agranda, magnifica, distorsiona y arregla según sea la propia creatividad, y en breve todos aseveran saber de buena fuente que lo dicho responde a la verdad absoluta.

¿De cuántas fantasías, inenarrables fatigas y muertes cruentas no fue resorte la famosísima leyenda de la "Ciudad de los Césares"? Por cierto, los cacharros de oro del Chuscha nadie los había visto, porque su descubridor los devolvió al lugar de origen impelido por algunos portentosos presagios que habrían sucedido después del hallazgo.

Un tiempo después, sobre una precumbre plana de los mismos nevados, a una altura de 5.300 metros, fue exhumada la momia de una niña juntamente con un valioso ajuar. Según cuenta la tradición oral, la niña estaba sentada sobre un gran plato de cobre de 33 kilos de peso, y tenía a su lado varias estatuillas metálicas ricamente vestidas junto a otros objetos, conforme se usaba enterrar a los



La momia conocida como "Reina del Cielo" corresponde a una niña de no más de nueve años. Está vestida por una manía cuadriculada, aunque este diseño era propio del atavío masculino de los incas.

sacrificios humanos en tiempos del incanato.

La escurridiza "Reina del Cerro"

Entre las casi dos decenas de "momiats" de alta montaña descubiertas hasta el presente, la más escurridiza y enigmática fue sin duda la llamada "Reina del Cerro", la búsqueda de cuya tumba me obligó a organizar cinco expediciones a los nevados de Catedral (por otro nombre mejor conocidos como "Nevados de Chuscha"), sin contar los muchos viajes efectuados para interrogar posibles testigos. Salió así a luz una historia casi policial.

La bibliografía y los testimonios recogidos aseveran en efecto que

nuestra "Reina" fue bajada desde las altas cumbres de los nevados de Chuscha en el año 1920 por el chileno Juan Fernández Salas juntamente con el pastor de llamas Felipe Carpanchay; que fue velada en el "Real de Tolombón" a casi 4.000 metros de altura (flanco Sur de los nevados), y por último trasladada a la villa de Cafayate, donde fue a engrosar la colección particular de Pedro Mendoza, vecino del lugar. Durante las tareas de rescate, la niña fue exhumada desde el interior de una plataforma o explazo ceremonial y trasladada a cierta distancia. Para remover el suelo congelado, Fernández hizo tronar luego un tiro de dinamita, con el resultado de que una esquirla rocosa golpeó la nariz de la momia dañándola y causando

su posterior desprendimiento, como también la pérdida de los incisivos.

Hacia 1930, después de una azarosa peregrinación, nuestra "Reina" terminó expuesta en una vitrina de la ciudad de Buenos Aires, como principal atracción de la herboristería de Perfecto Bustamante (minero, escritor delirante, herborista, aventurero: un hombre de poderosa y polémica personalidad). Fallecido Bustamante, su viuda entregó la momia y el ajuar al conocido estudioso Asbjorn Pedersen (especializado en el relevamiento del arte rupestre), quien sin embargo jamás habló de ella en el ambiente de los arqueólogos. Al contrario, la mantuvo guardada durante 40 años en el sótano del edificio donde residía.

En 1984, ya viejo y enfermo, Pedersen decidió vender toda su colección. Pero durante el remate la momia no interesó a nadie, de manera que la adquirió un comerciante de antigüedades por la irrisoria suma de 48 dólares. Este a su vez la entregó al odontólogo y coleccionista Juan Carlos Colombano -dueño del museo particular "Chavín de Huanter", en Martínez- en canje por un juego de valiosas porcelanas chinas. Sobre señalación del doctor Julián Cáceres Freire y especialmente enviado por DIARIO DE CUYO, viajé en 1991 a la citada localidad de Martínez. La peregrinación de la "Reina" parecía haber al fin concluido. Pasó sin embargo a engrosar el patrimonio arqueológico de la Fundación CEPPA del empresario y

mecenas ítalo-argentino Matteo Goretti, quien a su vez patrocinó los estudios científicos pertinentes y permitió al doctor Juan Schobinger trasladarla a la ciudad de Mendoza, donde un equipo de especialistas la analizó en todas sus facetas. El resultado de los estudios científicos es la publicación de un volumen de 320 páginas caratulado "El santuario incaico del nevado de Chusca", siendo Schobinger compilador del mismo.

Quién fue la "Reina del Cerro"

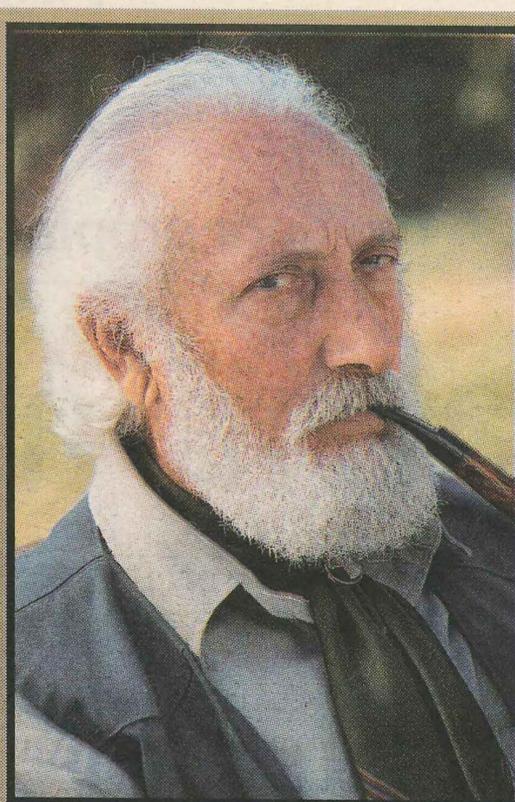
Sabemos que los incas realizaban sacrificios humanos sobre las mayores cumbres andinas, para ofrecerlos al sol o bien como culminación de los ritos de la fertilidad; en ocasión de graves desastres naturales o de epidemias; también para "inaugurar" los nuevos territorios conquistados; por la muerte de un inca, etcétera. Desde el volcán Ampato en el mítico Perú, hasta el nevado Plomo frente a Santiago de Chile, pasando por el volcán Llullaillacu, el Chañi, El Toro y el mismo Aconcagua, son una veintena las momias o sus restos descubiertas hasta el presente a alturas que oscilan entre los 5.000 y los 6.700 metros.

Los sacrificios humanos repugnan a nuestra mentalidad moderna, pero en el antiguo Perú entrañaban un elevado misticismo, por cuanto simbolizaban la oscura idealización de la entrega de una vida valiosa a la divinidad, con miras al bien común. Era pues un holocausto. En otras palabras: remedaban confusamente el sublime Sacrificio de la Cruz, intuido a través de la niebla de la ignorancia pero sin vislumbrar aún el misterio de la Redención.

Las personas sacrificadas eran siempre jóvenes de ambos sexos o niños, que eran conducidos hasta el Cuzco y desde allí se enviaban con acompañamiento y grandes honores hacia los cuatro suyos para ofrecerlos en sacrificio a las diferentes huacas. El modus operandi, o sea la metodología, la manera de dar muerte a las víctimas, no era uniforme: morían por estrangulamiento; por traumatismo de cráneo; ahogadas en agua; por congelación y, en el caso que nos interesa, por apuñalamiento.

Gracias a la tomografía computada, en los cortes axiales de tórax se descubrió "un orificio en partes blandas de la pared posterior derecha, paravertebral... El mismo muestra su mayor diámetro de 15,1 mm. El diámetro es ligeramente mayor en el sector externo, determinando una lesión de forma cónica, observándose además erosión con desprendimiento de muy pequeños trozos óseos del reborde superior del arco posterior de la octava costilla. El trayecto (de la herida) es de dentro hacia fuera, de atrás adelante y de arriba abajo, produciendo en su direccionamiento, en el sector anterior del tórax, fractura del arco anterior de la tercer costilla y nuevo orificio en partes blandas en el sector de la axila correspondiente". Simplificando: la "Reina" fue muerta de un lanzazo o de una cuchillada que penetró por la espalda y salió a la altura de la tercer costilla por el pecho.

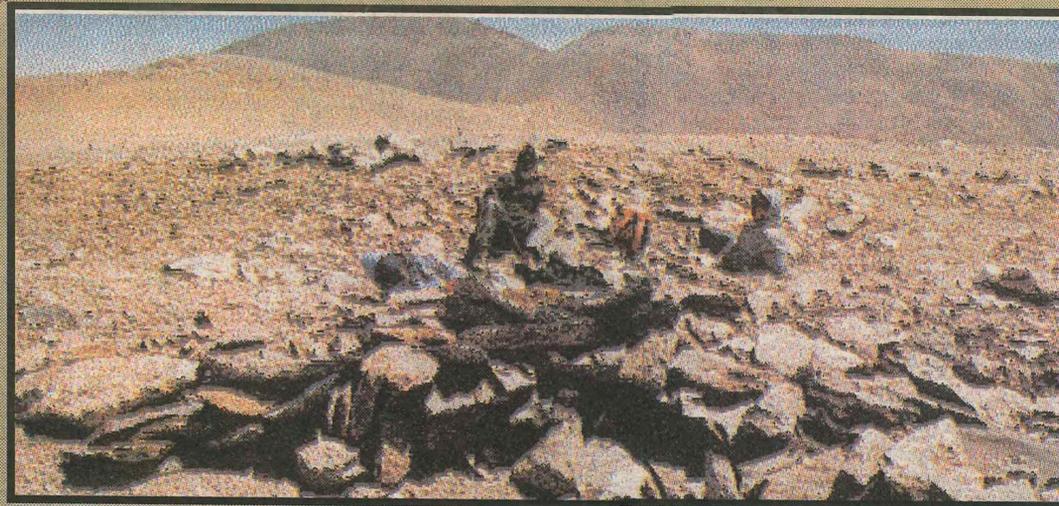
Era una niña de 9 años y no una mujer joven como todos habíamos supuesto a juzgar por las fotografías de época. Medía 1,12 metros de estatura, algo normal para su edad y raza. Era una niña sana, bella en su tipo, perteneciente a la nación Colla u otra etnia del altiplano. La fecha de la inhumación parece ser algo tardía, sobre el final del imperio



Antonio Beorchia Nigri



Algunas muestras óseas de la momia permitieron determinar sus características antropométricas y arqueológicas.



El lugar del enterratorio se encuentra en la cumbre Urpillita del nevado de Chusca, en Salta.

incaico; por tanto nuestra momia tendría una antigüedad de unos 480 años.

Su origen incaico se demuestra por la camiseta andina ajedrezada que ella viste (curiosamente esta es prenda de varón y no de niña), por la restante textilería y por los objetos del ajuar funerario exhumados, incluidas las tradicionales estatuillas vestidas que desaparecieron al tiempo de su hallazgo. Se demuestra asimismo por el sitio del enterratorio, cuya configuración corresponde a uno de los clásicos santuarios indígenas de alta montaña. En el mes de octubre último pudimos llegar al adoratorio.

Veinte años tras una fosa vacía

Debemos al periodista y aficionado arqueólogo salteño Milenco Juan Jurcich la señalación del sugestivo "caso" de la "Momia de Los Quilmes" (3). En efecto, en el tomo 4º del CIADAM (1980) publicamos una carta abierta del mismo Jurcich donde ese periodista reclamaba la devolución a Salta de una momia desaparecida en la década del veinte. A la

sazón, Juan Schobinger me hizo llegar un opúsculo donde el investigador Amadeo Rodolfo Sirolli describía la que él llamó "Momia de Los Quilmes" (3). El halo de misterio que envolvía el hallazgo y el desconocimiento del sitio donde había sido encontrada la "Reina" resultaron para mí un acicate tal que me obligó a organizar cuatro expediciones todas patrocinadas por DIARIO DE CUYO - con el fin de reubicar ese escurridizo adoratorio de alta montaña. No tuvimos suerte en nuestras búsquedas, pero descubrimos varias otras cosas de interés.

Recién el 4 de febrero de 1996, la doctora María Constanza Ceruti con el licenciado Christian Vitry y el andinista cafayateño Alberto C. Valderrama consiguieron encontrar el sitio largamente buscado. Ese feliz hallazgo debería haber puesto punto final a la larga búsqueda del CIADAM (4). Sin embargo, no nos conformamos; necesitábamos un "desagravio" a las estériles expediciones anteriores. Nuestra presencia física junto al adoratorio se hacía necesaria, urgente. "Debíamos" sentarnos en la fosa va-

ciá, visualizar personalmente el entorno, palpar las mismas piedras que habían cobijado a la "Reina" y, por último, meditar.

La 5ª expedición

Así las cosas, en octubre del año pasado volvimos a las andadas. Estábamos el ingeniero doctor Javier Aguirre (70) y el ingeniero Antón Piñel (63), vascos ambos; el médico austriaco Günter Fasching (47); Ciro Delgado (51) y mi nieto, Eduardo Antonio Ibarra (14), ambos sanjuaninos; el baqueano Ernesto Colque (56) con un ayudante suyo llamado Toribio López (31); y estaba además yo con mis casi 70 años en la mochila.

Partiendo desde la bonita villa de Angastaco (Salta) viajamos con rumbo Sur hasta la estancia y río Pukará, donde descargamos nuestros siete caballos silleiros y dos mulares de carga. Siguiendo siempre rumbo al Sur, remontamos el río Pukará, traslomos hacia el arroyo Cardones, cruzamos un alto portezuelo sin nombre a 4.300 metros de altura, y por último acampamos en un ameno vallecito de origen glaciar ubicado casi a las nacien-

tes del río Chuscha, a 4.530 metros sobre el mar.

Durante la noche de plenilunio del 27 de octubre pudimos admirar arrobados un eclipse total de luna. A la noche siguiente nos visitó un puma hembra con su cría, a la que los caballos ventearon enseguida, se asustaron y partieron al galope arroyo arriba para detenerse recién a los pies del portezuelo de Chuscha, donde un caballo murió por el esfuerzo realizado.

El 29 de octubre nos sentamos al fin en la tan buscada fosa vacía, a 5.311 metros sobre el mar, en las coordenadas de 26° 07.998' Sur y 66° 12.316' W según GPS. La ruta de ascenso elegida por nosotros debió ser también la de los indios, porque es la más fácil y, si bien obliga a dar un amplio rodeo hacia los filos del Mishi, su ascenso resulta practicable incluso a lomo de mula. El sitio arqueológico consiste en una plataforma o explazo ceremonial de 7x14 pasos muy deteriorado, cuyos muros perimetrales nunca debieron superar los 20-30 centímetros de altura. El actual pozo donde estuvo enterrada la momia es el resultado de la explosión con dinamita que tronó Juan Fernández Salas, como ya apunté; el mismo presenta una profundidad de 60 centímetros desde el nivel del suelo circundante, pero alcanza el metro si se mide desde los escombros eyectados por la explosión. Una segunda fosa yuxtapuesta a la mayor, sin bordes definidos y de menor profundidad, debió contener las estatuillas metálicas de que nos habla la tradición oral, o tal vez otras ofrendas como era costumbre. Por último, una tercer excavación apareció a unos 20 pasos de distancia del conjunto mayor.

Ahora bien, al lado de cada pozo encontramos sendos paralelepípedos toscamente labrados, de apariencia cuarcítica, cuya presencia en el sitio no se debía al acaso. En efecto, en tiempos del incanato los sacerdotes "orejones" solían señalar el centro de un entierro (sacrificio humano, ofrenda de estatuillas y otros objetos, fogones ceremoniales, etc.) con un pequeño monolito de unos 30-40 centímetros, apenas labrado la mayoría de las veces y de diferentes procedencias, a los que bauticé con el nombre de "piedra-huaca" a falta de mejor denominación, o sea "piedra-sagrada". Normalmente los andinistas, los huaqueños y hasta los mismos arqueólogos no hicieron caso de estos elementos, por considerarlos de escaso o ningún valor estético o científico. La reiteración de su presencia a diferentes alturas y siempre señalando determinado sitio, me hizo sin embargo sospechar, y por último certificar, que cada una de esas piedras cumplía una particular función en el ritual de los santuarios indígenas de altura. También deduje que, según su forma y proveniencia, debían tener diferentes significados. Tales "piedras-huaca" son veneradas aún hoy en el altiplano, donde los collas las consideran como figura o representación del mismo nevado.

1. "La Reina del Cerro - Una historia con final", DIARIO DE CUYO, domingo 24 de noviembre de 1991.

2. Chuscha significa cabellera en quechua. El nombre alude a las nieves que a veces cubren esos nevados.

3. Amadeo Rodolfo Sirolli: "La Momia de Los Quilmes" - CIADAM tomo 4º, pp. 14-16, 1980. Es el texto de una conferencia pronunciada en la ciudad de Salta en el año 1953 y recién impresa en 1977 por la Sociedad Científica del Noroeste Argentino.

4. CIADAM: Centro de Investigaciones Arqueológicas De Alta Montaña, fundado en San Juan en el año 1970.